

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“FRUTOS DE ORACIÓN”
Retazos de un Diario

Con licencia del Obispado de Sigüenza-Guadalajara

© 1979 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-300-1855-7
Depósito Legal: M-40.644-1979

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

EL GRAN MISTERIO DE LA IGLESIA

727. Dios vive su vida en la comunicación de su Familia Divina, y esa misma vida, la quiere vivir con nosotros. El Padre nos la dice por su Verbo, Éste nos la comunica y el Espíritu Santo nos congrega en el Hogar Eterno. Todo esto se obra en el seno de María: éste es el gran misterio de la Iglesia. (7-4-67)

728. El Padre y el Hijo están congregados en el Espíritu Santo; y la Iglesia es la congregación de los hijos de Dios según la voluntad del Padre, expresada por el Hijo, en la intercomunicación del Espíritu Santo. (12-1-67)

729. Una de las tres divinas Personas se hace hombre y a un hombre le hace Dios. Todo Dios,

en el Verbo, se une con el hombre, y toda la humanidad, en Cristo, se une a Dios. Éste es el gran misterio de la Iglesia, que se ha obrado en el santuario sagrado del seno de María, siendo Ella la Madre del Cristo Total, Cabeza y miembros, en la unión del Espíritu Santo. (4-12-64)

730. Dios es eternamente feliz en sí mismo, sin necesitar de mí para nada; pero quiere dársenos e, impulsado en el amor del Espíritu Santo, mira hacia fuera y, el fruto de su mirar hacia dentro que es el Verbo, nos lo da en canción divina y humana en las entrañas de María, para que nos cante su vida; escogiéndose un pueblo que, adherido a Cristo, prolongue su canción con Él en el tiempo y después eternamente. Y ésta es la Iglesia. (10-1-74)

LA IGLESIA ES...

731. ... la realización de la voluntad eterna del Padre que, con Palabra infinita y amor de Espíritu Santo, recopila en sí a todos los hombres por Jesucristo, a través de María. (12-1-67)

732. Dios viviendo su vida con el hombre y el hombre viviendo su vida con Dios por Cristo y en el seno de María: ésta es la Iglesia. (12-1-67)

733. La Iglesia es la congregación de Dios con todos los hombres, de todos los hombres con Dios, de todos los hombres entre sí recogidos por Jesucristo, congregados por el Espíritu y unidos en la voluntad del Padre. (12-1-67)

734. El Cristo Total es el gran Sacerdote que se ofrece al Padre y, en postura sacerdotal, canta a sus hijos durante todos los tiempos la Palabra infinita que, recopilando a toda la humanidad, la vuelve al seno amoroso de nuestro Padre Dios. (27-3-59)

735. El Hijo muy amado del Padre es el Cristo Total, en quien Él tiene dichas y manifestadas todas sus complacencias. (12-1-67)

736. La Iglesia es el gran hogar de los hijos de Dios, donde todos nos sentamos a la mesa del Padre, para saciarnos en abundancia de la vida divina. (12-1-67)

737. La Iglesia es la congregación de los hijos de Dios que caminan en un cántico de júbilo hacia la Eternidad. (12-1-67)

738. La Iglesia es el Pueblo de Dios congregado en el amor del Espíritu Santo, que camina con

Cristo hacia la Eternidad por el camino de la voluntad del Padre al amparo de la maternidad de María. (12-1-67)

739. Dios con el hombre y el hombre con Dios, con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo, éste es el misterio de la Iglesia. (12-1-67)

740. La Iglesia es eterna; tuvo un principio sin fin, y tiene riquezas infinitas. Dios mismo está con ella con todos sus dones y frutos, en la perpetuación de su misterio a través de la liturgia pletórica de realidad viva. (22-12-74)

HERMOSURA Y RIQUEZA DE LA IGLESIA

741. Eres tan hermosa, Iglesia mía, que jamás podré decir ni cantar la alegría, la grandeza y la perfección que en tu seno se encierra. (15-9-63)

742. El Infinito, queriéndose derramar en plenitud sobre mi Iglesia, la engalanó tan maravillosamente que la hizo ser como el corazón de Dios en la tierra. (15-9-63)

743. Eres toda hermosa, Hija de Jerusalén; estás engalanada con la Santidad infinita que te en-

vuelve, penetra y satura, teniendo en ti, por Cristo, todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. (21-3-59)

744. ¡Dios de mi corazón, me enloqueciste de amor con la hermosura de tu rostro, que se me muestra a través de mi Iglesia Santa! (5-11-76)

745. Mi Iglesia es toda hermosa, engalanada y enjoyada con la misma divinidad, que sobre ella se derrama en cataratas de ser y en Trinidad de personas. (15-9-63)

746. Madre, alcánzame saber cantar la alegría de mi Padre Dios; dame saber decir la riqueza que en la Iglesia se encierra y el amor que mi Trinidad una le tiene, correspondiendo yo a tan gran donación. (15-9-63)

747. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo aman a la Iglesia en caridad eterna, en amor infinito; ya que Dios, al amar, lo hace con todo su ser y en su Trinidad de personas. (15-9-63)

748. ¡Qué alegría tan grande que, en el seno de la Iglesia, esté la riqueza de Dios tan maravillosamente, que las tres divinas Personas se entregaron

a ella como regalo de amor en el día de sus bodas!
(25-5-59)

749. Todo el misterio divino en su Trinidad una es la riqueza esencial de mi Iglesia Madre. (5-3-62)

750. Iglesia mía, el Padre te da su Palabra para que te abra su seno amoroso, el Verbo te dice todo el secreto de la vida eterna, y el Espíritu Santo te abrasa en su fuego, depositando en ti sus tesoros y carismas, para que, por tu medio, las almas vivan su filiación divina y se metan en el seno del Padre. Iglesia mía, ¡qué hermosa eres!, ¡cuánto te amo! (21-3-59)

751. El Padre ama a su Iglesia tan maravillosamente, que, queriéndole decir, en un derramamiento de su Amor infinito, todo lo que Él es, tan divinamente se lo dice, que con la misma Palabra que Él tiene en su seno para expresarse a sí, se lo expresa a la Iglesia, para que ésta me lo deletree en un romance de amor. (15-9-63)

752. Mi Padre Dios tan plenamente quiere decirme a mí, por ser Iglesia, lo que Él es, que no me mandó un profeta, ni un serafín para que me lo dijera abrasado en el amor divino, sino que Él mismo rompe a hablar; y su Palabra eterna, su

Verbo, se hace hombre y, habitando entre nosotros, nos dice todo su secreto escondido.
(15-9-63)

753. El Verbo ama a su Iglesia de tal forma, que, no contento con decirsele en su cántico infinito de júbilo gozoso, se le dice también en una agonía tristísima de Getsemani, en un reventón de sangre y en una destrucción de su naturaleza humana que, muriendo en la cruz, nos canta el amor infinito. (15-9-63)

754. Un manto real de sangre envuelve a mi Iglesia Madre; un manto real que su Esposo, Cristo Jesús, le donó el día de sus bodas, ya que, enloquecido de amor por ella, le dio como regalo su sangre divina, con la cual pudiera perdonar y divinizar a todos sus hijos. (14-11-59)

755. Es el Espíritu Santo el Amor que impulsa al Padre y al Hijo en su donación a la Iglesia, el Amor que la envuelve, penetra, satura y ennoblece; y es el Amor mediante el cual se hizo la Encarnación, que es la expresión del habla de Dios a los hombres en urgencia eterna de comunicársenos. (15-9-63)

756. Así como el Espíritu Santo es el que, circundando a la Iglesia en su fuego y encendiéndola

en su amor, la hizo reventar en amor divino y expresión del Infinito, así mi Iglesia mía es la que, durante todos los siglos, encendida en esa misma llama, nos da todo el amor del Infinito que ella tiene en su seno recibido de Jesús y de mi Madre Inmaculada. (29-9-63)

757. ¡Qué hermosa es María...! ¡Pero si aún es más rica la Iglesia...! porque en su Cabeza es el mismo Verbo de la vida encarnado, que tiene consigo al Padre y al Espíritu Santo, con María como Madre de todos los hombres. (20-3-59)

758. Eres toda hermosa, Iglesia mía; tienes en ti toda la sabiduría eterna del Padre en Expresión Amorosa. (15-9-63)

EL CRISTO TOTAL

759. A semejanza de como la naturaleza humana y la divina de Cristo se unen en una sola persona, que es el Verbo, así, entre todo el Cuerpo Místico y su Cabeza, se realiza una unión tan íntima y divina, que es el Cristo Total. (22-11-68)

760. La perfección de un cuerpo está en la unión de los miembros con la cabeza; y la cabeza mani-

fiesta su perfección a través de sus miembros, con sus miembros y por ellos. Dios quiso hacer en la Iglesia un Cuerpo perfecto, Cabeza y miembros, con unión perfecta entre sí, que supone dependencia y comunión de unos y otros. (18-4-69)

761. ¿Quién podrá destruir a la Iglesia? El que pueda separar a Dios y al hombre, en Cristo; el que pueda conseguir romper al Cristo del Padre, Dios-Hombre. Y como esto no es posible, ahí está el Cristo glorioso e inmortal, con los brazos extendidos para abrazar a todos los hombres. (22-1-76)

762. Los hombres tiran de Cristo, unos para un lado y otros para otro, desgarrando sus miembros con dolores terribles que repercuten en todo el Cuerpo, Cabeza y miembros. ¡Pero no lo romperán, porque es la misma divinidad la que se unió con el hombre en unión indisoluble de amor infinito y eterno! (22-1-76)

763. Cada día comprendo más a Cristo descoyuntado, dolorido, y perpetuándose en su Pueblo, la Iglesia Santa; ella es la perpetuación del Cristo del Padre durante todos los tiempos; Sacerdote Eterno y, por ello, Víctima desgarrada. (20-1-76)

764. ¡Cómo me cuesta, Jesús, verte sufrir tanto durante toda tu vida y, en tu Cuerpo Místico, du-

rante todos los siglos! La Iglesia es Cristo con toda su descendencia ante el Padre, durante todos los tiempos. (22-1-76)

765. Cuando necesitemos consolar a la Iglesia, consolemos a Cristo; cuando la queramos escuchar, escuchemos a Cristo; y cuando la queramos amar, amemos a nuestro Cristo. Nuestro Jesús es la Cabeza y el Corazón de la Iglesia, la vida de ésta; por eso, el que conoce a Cristo, conoce y ama a la Iglesia. (20-1-76)

766. ¡Iglesia mía, Cristo bendito del Padre, Sacerdote Eterno sangrante en el tiempo y glorioso en la Eternidad...! (22-1-76)

767. La Iglesia es el más vivo reflejo de la Eternidad, por lo que en ella se encierra el Cristo de todos los tiempos y para todos los hombres que, injertados en Él, viven realmente, pero de una manera misteriosa, el compendio apretado del Cristo de todos los tiempos y de todos los hombres. (15-10-74)

768. El misterio de Cristo con toda su realidad, terminado en su infinita perfección, se perpetúa en el seno de la Iglesia, y es mostrado y comunicado a los hombres en la misma Iglesia, en el

tiempo o circunstancia que cada uno necesita vivirlo y poseerlo. (15-9-74)

769. La Iglesia es el Cristo Total, Cabeza y miembros, que, prescindiendo del tiempo, nos hace ser a todos los cristianos el Cristo Grande, sin distancias de tiempo y lugar; siendo nuestra participación de Cristo, tan real, tan cercana y tan viva, tanto, ¡tanto!, que somos miembros vivos de Cristo en su tiempo. (15-10-74)

770. El misterio de la Iglesia es tan rico, que me une directamente con Cristo, prescindiendo del tiempo y la distancia, con la entrega, en los días de mi peregrinación, de cuanto Él es, vive y realiza; siendo capaz también de cogerme a mí y trasladarme al tiempo de Cristo, para hacerme vivir y beber directamente en el manantial de su costado abierto. (15-10-74)

771. Como no somos capaces de captar que toda la perfección infinita del Ser, en el apretamiento coeterno de la Familia Divina, sea vivida, por perfección de su naturaleza, en un solo acto de ser, tampoco lo somos de comprender, ni siquiera vislumbrar, el modo espléndido con que la magnificencia de Dios nos hace vivible, captable y real, a través del misterio de la Iglesia, toda la vida, muerte y resurrección de Cristo. (15-9-74)

772. La Iglesia contiene, remansado en su seno, todo el compendio apretado de la donación de Dios en derramamiento sobre el hombre, y lo perpetúa en realidad viviente de infinita donación. (25-10-74)

773. ¡Qué grande es la Iglesia, perpetuación viva y viviente de Cristo con nosotros, contención de su misterio, y donación de todo Él a los hombres, en todos y cada uno de los momentos de su existencia! (25-10-74)

774. Por mi injercción en Cristo vivo injertado en Dios con los hombres de todos los tiempos, con los bienaventurados y con los que están en el Purgatorio, y unido también con los ángeles. Y todo esto se realizó el día de la Encarnación en las entrañas de María, se consumó en la crucifixión, muerte y resurrección, siendo perpetuado por medio de la liturgia, donde se nos da, a través de la maternidad de María, todo este misterio del Cristo Universal. (13-7-66)

PENTECOSTÉS

775. ¡Día de Pentecostés...! En él, las tres divinas Personas, abalanzándose en el ímpetu amoroso

de su corriente avasalladora sobre su Iglesia naciente, la besan, ennoblecen, embellecen y fecundizan tan divinamente que, la que antes era miedosa y sin ciencia divina, hoy, por la invasión de lo alto, se encuentra llena de sabiduría y fuerte como «ejército en orden de batalla», al contacto del beso infinito y virgíneo del Espíritu Santo. (21-5-61)

776. Desde toda la Eternidad, está el Espíritu Santo abrasado en ansias infinitas de abalanzarse sobre su Iglesia virgen, para fecundizarla con su fuego de amor. (21-5-61)

777. El día de Pentecostés la Iglesia ha sido como una esposa virgen, que, al contacto amoroso del beso del Espíritu Santo, se fecundizó tan plenamente en sus entrañas virginales, que quedó por la invasión divina, Virgen-Madre de todas las almas. (21-5-61)

778. Pentecostés... día de silencio, de oración, de espera y, como fruto de efusión, de abrazo entre Amado y amada. Amor, ¡qué hermosa has hecho a tu esposa la Iglesia por el ímpetu amoroso de tu beso divino! (21-5-61)

779. El Espíritu Santo desciende sobre el Cenáculo para derramarse en los Apóstoles como

Fuego de luz y amor... y todos, embriagados en su caridad infinita, revientan en explicación cantora de la vida divina que Cristo nos trajo desde el seno de María, para que ellos, a través de su sacerdocio, lo comunicaran a todas las almas. (21-5-61)

780. En el día de Pentecostés, el Espíritu Infinito iluminó las mentes oscurecidas y conturbadas de los Apóstoles, tan pletóricamente, que éstos rompieron en sabiduría sabrosa de explicación comunicativa, en luz y amor de ciencia divina. (14-10-74)

781. El vivir de los primeros cristianos era seguir el impulso del Espíritu Santo, bajo el cobijo y orientación de los Apóstoles; y éstos ya sabían bien lo que tenían que hacer y decir; conocían saboreablemente al Espíritu de Dios porque vivían en el contacto familiar e íntimo de su cercanía. (21-5-76)

782. ¡Cómo experimento que el alma que vive de Dios, en recepción de respuesta amorosa, puede decir con los Apóstoles: «El Espíritu Santo y nosotros hemos determinado...»! (25-4-78)

783. ¡Qué saboreablemente comprendo con la penetración de mi pobrecito entender, en sapiencia

profunda, que el Espíritu Santo sea el alma de la Iglesia, por la experiencia que, en la médula de mi ser, vivo, al ser impulsada, movida, enseñada, abrasada y fortalecida por el mismo Espíritu Infinito! (25-4-78)

784. Los dones del Espíritu Santo son maneras por las que Dios se comunica al alma, infundiéndole la luz de sus misterios en sabiduría que rompe en fortaleza, e impregnándola en el gozo pacífico del don recibido. (27-10-75)

785. La palabra que sale de la boca de Dios no vuelve a Él de vacío, porque el Espíritu la hace fructificar en frutos de vida eterna. (25-4-78)

786. Cuando la palabra del Padre es pronunciada en mi alma en voluntad infinita de que yo rompa en canción, es el Espíritu Santo el que rebulle en mi pecho abriéndome para recibir la donación del Eterno y haciéndome romper, en el amor de sus fuegos, en canción de Iglesia viva a los hombres. (25-4-78)

787. En la historia de la humanidad tres predilecciones tiene Dios: su Pueblo escogido, su Iglesia santa y el alma esposa; y a las tres las corona el amor del Espíritu Santo con la infusión divina de su luz y su fuego. (26-6-61)

MISTERIO DE UNIDAD

788. La Iglesia es un misterio de unidad; por eso está regida por el Espíritu Santo, que es la unión del Padre y del Hijo, de todos los hombres con Dios y de todos los hombres entre sí con Dios. (22-11-68)

789. «Como Tú, Padre, en Mí y Yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros». Y ¡cómo son uno el Padre y el Hijo en el amor del Espíritu Santo...! (19-4-77)

790. Dios quiere que nos amemos por Él, con Él y en Él, siendo uno en su Amor. Así se aman en la Eternidad los bienaventurados: todos uno en Dios y entre sí glorificando al que Es. (19-4-77)

791. La Iglesia es una en la unión del Espíritu Santo; por eso tiene que ser una en vida, una en fe, una en doctrina, y también una en comunión de bienes sobrenaturales y en posesión de ellos. (22-11-68)

792. El Pueblo de Dios se dispersó, no en pensamiento, no en vida, no en fe, sino en misión apostólica, para extenderse por todo el mundo. (22-11-68)

793. El Espíritu Santo se quedó con el Papa y con los obispos que, unidos al Papa, tienen su mismo sentir y su única unidad, para que la Iglesia sea una en la unidad de Dios. (22-11-68)

794. ¡Oh maravilla de la infalibilidad del Papa, que es capaz de congrega a todos los hombres en un solo pensamiento, y expresarles con seguridad la voluntad infinita de Dios a través de su palabra de hombre! (25-10-74)

795. La Iglesia nunca se equivoca, cuando habla como Iglesia, porque es el Verbo el que canta por ella. El Verbo pregona la verdad infinita del Padre, a través de la Iglesia mía, durante todos los tiempos. (20-3-59)

796. La Iglesia revienta de tanto poseer la Verdad, de tanto saber la Palabra divina; rompe cantando, y se le derrama la Verdad que sale del seno del Padre. Iglesia mía, ¡qué hermosa eres! (22-3-59)

797. Aunque el infierno, con todos sus secuaces, trabaje incansablemente para hundir a la Iglesia, no lo conseguirá, porque está cimentada y fortalecida por la misma divinidad. (20-9-74)

IGLESIA DESGARRADA

798. En el seno de la Iglesia mía hay unas cavernas abiertas sin cicatrizar, sangrando, en espera de su llenura con la vuelta de los hijos que la dejaron herida, desgarrando sus entrañas al marcharse de su seno de Madre... (14-11-59)

799. Los hermanos separados han salido de la Iglesia por no conocer la felicidad infinita que hay en su seno, y porque nosotros, los que somos Iglesia, al no vivir hondamente de sus riquezas, hemos desfigurado la faz hermosa de esta Santa Madre. (14-11-59)

800. Iglesia mía, ¿quién podrá consolar tu dolor...? Eres Raquel que está llorando por sus hijos muertos, los hijos que se fueron de la casa paterna... Y en tu Getsemaní, lloras también la tibieza, frialdad y desamor de muchas de tus almas consagradas. (14-11-59)

801. La Iglesia está de luto por los hijos que se fueron de la casa paterna. ¡Cómo llora la Iglesia por esos hijos perdidos...! Todo aquel que palpita con ella, tiene que estar de luto y triste, porque del seno de esta Santa Madre arrancaron, llevándose las de sus entrañas maternas y dejándolas desgarradas, a las ovejas del Buen Pastor. (30-3-59)

802. Mientras la Iglesia está sangrando y desgarrada, muchos de sus miembros están buscando la felicidad en las cosas terrenas, en vez de compenetrarse con ella y participar de su dolor. (14-11-59)

803. La Iglesia guarda su pena en el silencio de la incompreensión. (30-3-59)

804. ¡Tú estás en la cruz, Iglesia mía, celebrando tu Misa perenne, que ofreces por todos los hombres...! (14-11-59)

GETSEMANÍ DE LA IGLESIA

805. La nube de confusión que ha caído sobre la Iglesia, envolviéndola en dolores de escalofriante desolación, la hace caminar hacia un doloroso Getsemaní. Clamemos con Cristo y con la Iglesia: «Padre mío, ¿por qué me has desamparado?» (11-3-75)

806. ¡Qué situación más trágica está atravesando la Nueva Jerusalén! ¡Qué postración más escalofriante y qué nube de confusión más densa la envuelve! Tanto que no se ve la claridad de su rostro en la noche cerrada de Getsemaní. (16-6-75)

807. La Iglesia hoy, como Cristo en el Huerto, tirada en tierra, desfigurada y en un trágico desamparo, vuelta hacia sus hijos, les pide ayuda para levantarse; y la mayoría de éstos están dormidos e inconscientes ante su terrible agonizar. (17-12-76)

808. Cuando el hombre se separa del contacto con Dios, es arrastrado, en la oscuridad de la noche, por «los hijos de las tinieblas» que, aprovechando esa oscuridad, sagazmente trabajan y no duermen, buscando el momento y la manera, como Judas, de vender al Maestro. (17-12-76)

809. ¡Qué triste es ver a la Iglesia en su escalofriante Getsemaní, siendo como demolida por sus propios hijos...! ¡Qué triste es verla así...! ¡Cuánto sufro...! Pero en ello encuentro el consuelo de una torturante inmolación por la misma Iglesia. (25-4-75)

810. Vivo muerte en vida porque la Nueva Jerusalén está de luto, desgarrada y llorosa, por la confusión que se ha filtrado en ella. (28-2-66)

811. ¡Yo no quiero que se descoyunte a la Iglesia en una escalofriante tortura que la hace chorrear sangre por sus miembros vivos...! ¡Yo no la

quiero ver así, escuchando a lo lejos la burlona carcajada de los soberbios perseguidores de mi Iglesia Santa, de mi Cristo Total! Yo sé su perpetuidad, su indisolubilidad, y también sé que Dios está en celo por la gloria de su Amada. (20-1-76)

812. ¡Yo necesito estar llorando mientras llore la Iglesia! ¡Y me gozo de estar con ella y como ella, para consolarla con el amor sincero de mi pobre retornación, pues muero de amor y dolor por mi Iglesia! (13-11-74)

813. Sufro mucho, ¡mucho...! Pero me gozo en poderle dar a Jesús apreturas de alma tan torturantes, en frutos de vida eterna para los miembros de la Iglesia... Son dolores del alma y del cuerpo en esparcimiento de vida de Iglesia. Iglesia mía, ¡cuánto te amo! (9-4-75)

814. ¡Cómo cuesta la cruz cuando ésta no se comprende, cuando está fuera del margen de nuestros cálculos, cuando no parece voluntad de beneplácito de Dios y, por ello, desgaja el alma de forma, que aceptarla parece conformarse con aquello que una cree no es querer de Dios! ¡¿Cómo poderse gozar en esta clase de victimación?! Y ¿cómo no abrazarse, por amor, a todo aquello que supone crucifixión por la Iglesia? (2-10-76)

815. Donde yo vaya, mi cruz vendrá conmigo, incrustada en la médula profunda de mi alma. Mi cruz es mi Cristo crucificado, con todo el misterio de su ser y de su obrar, infundiéndose en petición de corredención. Mi cruz es mi Iglesia gloriosa y desterrada palpitando en mi corazón con su vida, misión y tragedia, y haciéndome repetir penante que, en eco, quiere manifestarse palpablemente a los hombres. (9-4-75)

816. Iglesia mía, tu nube me envolvió, y por ello, mis pasos por tu noche han quedado cortados, y a duras penas, unidas, caminamos... ¡Pero mañana surgirán tus cantares, y contigo tu «Eco» resonará gozoso en glorias del Dios vivo! (24-2-78)

817. Cuando te miro, mis cosas pasan a ser nada ante tu tragedia; pero cuando te pierdo de vista, mis cosas se agigantan tomando unas dimensiones desproporcionadas. (11-1-67)

818. Iglesia mía, ¡no me permitas dejarte sola...! ¡No quiero dormir mientras tú estás en Getsemaní...! Necesito recoger tus lágrimas y escuchar tu sollozar, guardándolos en mi corazón como el tesoro más preciado de mi alma-Iglesia. (16-6-75)

819. Quiero vivir y no morir, para poder vivir en cada instante una muerte continuada por la Iglesia.

Quiero vivir muriendo sin acabar de morir, para poderme inmolar así por la gloria de Dios y amor a las almas. (16-6-75)

820. A veces parece que no puedo más, pero unida a Jesús en la cruz y rehaciéndome como puedo, me digo a mí misma: Iglesia, sigue adelante... Y, casi arrastrando, continúo mi duro y dificultoso peregrinar. (12-6-75)

821. ¡Qué bueno es mi Dios, que, al llamarme Iglesia, me pide corredención! Señor, gracias por todo y, a todo, sí. (13-11-76)

822. Espíritu Santo, danos la penetración del misterio del Cristo Total, para que no nos pase como a los Apóstoles que, con la muerte de Jesús y su aparente fracaso, pensaron que todo se hundía, cuando esto era, precisamente, el camino para la resurrección y la vida. (22-12-74)

823. La Iglesia hoy, como Jesús a los Apóstoles, nos dice: «Velad y orad para que no caigáis en tentación». (17-12-76)

824. En estos momentos tan difíciles, lo que más necesita la Iglesia son hombres que oren y se en-

treguen en sus manos incondicionalmente.
(18-4-69)

825. La Hija de Sión aparece tirada en Getsemaní, pero no por eso fracasada ni hundida, ¡no! El Padre la sostiene con el poderío de su brazo, porque su real Cabeza es su Hijo muy amado en quien tiene puestas todas sus complacencias.
(22-12-74)

826. ¡Gocémonos! La Nueva Jerusalén se levantará de su postración, como Cristo, y con la fuerza de su poder y el esplendor de su belleza, repleta de divinidad, será nuestra gloria y el orgullo de nuestro corazón. (22-12-74)

827. Tengo una fuerte esperanza de que la Iglesia se levantará después de una aparente muerte o fracaso; y esto me llena de un dulce y profundo gozo espiritual que me penetra la médula del alma. (6-1-75)

828. Si en nuestro tiempo la Iglesia aparece desgarrada, como Cristo en Getsemaní, en el día eterno la veremos gloriosa, repleta de gozo y de divinidad, con todos sus hijos en el abrazo del Espíritu Santo. (22-12-74)

PRESENTAR EL ROSTRO DE LA IGLESIA

829. Si pudiéramos comprender el gran misterio de la donación de Dios al hombre, recibiríamos su Decir eterno en la Iglesia. Pero, porque no le penetramos, el mundo está en tinieblas. (15-10-63)

830. El hombre soberbio ha perdido a Dios, y con Él, la mirada sobrenatural que le hace amar al Papa y a los obispos; tras esto, se rebela contra la Iglesia, y entonces la confusión le corroe el espíritu, haciéndole piedra de escándalo para cuantos le rodean. (15-11-68)

831. Cuando nos ofuscamos, manifestamos a los demás, no los misterios sobrenaturales de nuestra Iglesia santa, sino la confusión que, de todos ellos, nuestra mente oscurecida es capaz de captar y vivir. (17-12-76)

832. ¡Cuántos hombres que se hacen predicadores de los misterios de la Iglesia, sólo manifiestan a los demás, no lo que ella es con la magnitud apretada de su grandeza, sino el modo raquítico en que ellos la conciben según su corazón entenebrecido! (17-12-76)

833. La Iglesia se levantará de su postración y aparecerá luminosa, cuando sus hijos, viviendo en

compenetración completa con ella, la ayudan a mostrarse al mundo con todo cuanto, en su seno, Dios depositó para todos los hombres. (4-5-75)

834. Es voluntad de Dios que se muestre el verdadero rostro de la Iglesia, y, para eso, quiere que se dé a gustar a todos la vida de la Familia Divina, que es el gran tesoro que vive la Iglesia en sí, y que busca que vivan todos y cada uno de sus hijos. (11-1-67)

835. Al no conocer a Dios, ni a Cristo, ni a María, ni a la Iglesia, no sabemos lo que somos por ser Iglesia; pues al perder el contacto con lo sobrenatural, nos hacemos tan humanos, que todo lo vemos con mirada de acá, entorpecida y oscurecida por nuestras propias pasiones. (17-12-76)

836. Hace falta que se reavive el dogma entre los miembros de la Iglesia, para que todos sus hijos, viviendo su ser de Iglesia, entren en intimidad con la Familia Divina. (21-3-59)

837. Mi alma siente gran necesidad de que conozcan a mi Madre Iglesia tal cual es: en su vida, en su hermosura, en su tragedia y en la riqueza que en su seno se encierra, que es Cristo, trayéndonos, por María, el mensaje eterno de la Trini-

dad, como riqueza infinita, para que, al mirarla, vean el rostro de Dios en ella. (21-3-59)

838. Hay que presentar a la Iglesia con toda su hermosura, viviendo la vida de la Trinidad, de Cristo y de María mediante una gran caridad, para que vengan todos los hijos separados que se fueron del seno de esta Santa Madre, porque nosotros, los que somos Iglesia, no se la presentamos en toda su belleza. (21-3-59)

839. Difundamos la Palabra del Padre, y así se extenderá la Iglesia y vendrán todas las almas al seno de esta Santa Madre a embriagarse con la alegría que en ella se encierra. (21-3-59)

LA IGLESIA ES DIVINA Y HUMANA

840. La Iglesia es divina y humana y, sólo conociendo el compendio apretado de esta doble realidad, somos capaces de comprenderla, amarla y mostrar a los hombres su verdadera faz, repleta de divinidad, aunque afeada por nuestros pecados. (17-12-76)

841. La Iglesia es el Cristo Grande de todos los tiempos, Cabeza y miembros; por ello es divina y humana, encerrando en sí, en el apretamiento per-

fecto de su contención, por Cristo, toda la divinidad y, por los hombres, la multitud inmensa de todos nuestros pecados. El que no sabe verla con mirada de fe y sólo descubre en ella nuestras propias miserias, se desconcierta. (17-12-76)

842. Yo sé que la Iglesia es santa porque contiene en sí la plenitud de la divinidad. Y, también sé que, en la multitud de sus hijos, carga sobre sí los pecados de todos ellos; por lo que, para saberla comprender y amar, hay que mirarla sobrenaturalmente, siendo ésa la única manera de manifestarla tal cual es. (17-12-76)

843. Cristo es Dios y hombre, repleto de divinidad; pero al cargar con nuestros pecados: «Gusano que se arrastra y no hombre, sin figura humana y la mofa de cuantos le rodean». (17-12-76)

844. El hombre se manifiesta como consecuencia de lo que es y vive; por lo que, cuando la falta de fe, esperanza y caridad ha poseído su corazón, presenta a los demás un Cristo desfigurado, al no ser capaz, por la oscuridad de su mente, de descubrir en la faz del Cristo el resplandor de su divinidad. (17-12-76)

845. El hombre que, por falta de mirada sobrenatural, mira al Cristo Universal sólo como hom-

bre, en la oscuridad de su mente, confunde a los que le rodean, convirtiéndose en piedra de escándalo y ruina de las almas. (17-12-76)

CRISTO, MARÍA, IGLESIA

846. La imagen más perfecta de Dios es la humanidad de Cristo, María y la Iglesia, que son como una Trinidad en pequeño. (29-9-63)

847. Jesús, imagen del Padre, comunica su vida, misión y tragedia a María, y los dos unidos, Cabeza y cuello del Cuerpo Místico, lo depositan en el seno de la Iglesia, teniendo así ésta toda la misión, la vida y la tragedia de Cristo y de María en su seno y recibido como de una sola fuente. (28-9-63)

848. María tiene en su seno a Cristo, fuente divina de Eternidad; y tiene también, como verdadera Madre, a la Iglesia en su seno, al tener, junto con Cristo-Cabeza, a todos sus miembros. (29-9-63)

849. La Iglesia tiene en su seno a Cristo y a María, teniendo una sola vida Cristo, María y la Igle-

sia; pero cada uno como en su manera personal, de tal forma que una sola misión tienen: manifestarnos y hacernos vivir del Infinito; siendo Cristo, María e Iglesia un grito de divinidad en expresión divina y humana. (29-9-63)

850. Cristo, María e Iglesia son un grito de divinidad; por eso, cuando te miro a ti, mi Iglesia santa, veo a mi Dios, a mi Cristo y a María en tu seno; y cuando me adentro en el secreto del seno de María, me encuentro a Cristo con la Iglesia en su entraña; y cuando me profundizo en el alma de mi Esposo, Cristo Jesús, allí me encuentro a mi Iglesia y a María en congregación con todos los hombres. (29-9-63)

851. Cuando Dios quiere vivir su Vida, no sólo en sí y para sí, sino también con nosotros y en nosotros, se nos da en comunicación amorosa por Cristo y a través de la maternidad de María; por lo que, cuando nos separamos del Sumo y Eterno Sacerdote y de la maternidad de Nuestra Señora, perdemos el camino por donde Dios se nos entrega, y nos quedamos sin Él. (18-4-69)

852. En los momentos más florecientes de la Iglesia, la Eucaristía y la Virgen tomaron su mayor relieve, porque el hombre, iluminado por Dios, encontró en esto la vena por donde se nos comunica la vida divina. (18-4-69)

853. Cuando el enemigo quiere sembrar la confusión, procura quitar del corazón de los cristianos el amor a la Eucaristía y a la Virgen, medios por los cuales Dios quiere comunicárcenos cálidamente en cercanía amorosa. (18-4-69)

854. ¿No estás totalmente seguro de la presencia real de Cristo en la Eucaristía? ¡Alma querida!, ¿tanto se oscureció tu mente? ¡Si descansaras grandes ratos junto al sagrario, sabrías amorosamente que, tras el silencio de la blanca Hostia, Dios sigue viviendo entre nosotros, y se comunica a los que, con corazón sincero y alma sencilla, se acercan a Él! (17-12-76)

855. Dios se nos dio por Cristo, a través de María, en la Iglesia; el que no le busca así, no le encuentra. Por eso, cuando los pueblos se separan de Dios, abandonan la Eucaristía y menosprecian la Maternidad divina de la Virgen Blanca de la Encarnación. (17-12-76)

856. Al alma que busca a Dios de verdad, el Espíritu Santo le hace gustar lo bueno que es el misterio cercano de Cristo en la Eucaristía y el de la Maternidad divina de María; y, en la sabiduría de esta doble verdad, medio por el cual Dios se nos comunica, se encuentra con Él en una vida repleta de gozo. (18-4-69)

LA SANTA MADRE IGLESIA

857. La Iglesia es Madre de todos los hombres, porque ser madre es dar la vida, y Dios, que es la vida infinita, se quedó en la Iglesia para que ella nos la distribuyera con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo. (12-1-67)

858. Cuando Dios quiere decirme lo que es, adecuado a mi capacidad, se encarna y, a través de María, me dice su secreto en el seno de la Iglesia, la cual me lo desmenuza como buena madre, para darme la divinidad en expresión amorosa. (15-3-63)

859. Que vengan todas las almas al seno de mi Padre Dios, para que sepan de felicidad infinita, de alegría eterna y, viviendo en intimidad con la Familia Divina, sean felices con la dicha que la Iglesia comunica a todos sus hijos. (25-3-59)

860. Eres tú, Iglesia mía, la que tienes que darnos el dogma, hecho vida palpitante, que en tu seno de Madre se encierra, para vivificarnos a todos repartiéndonos la comida desmenuzada, según los tiempos, las razas y la capacidad de cada uno de tus hijos. (14-11-59)

861. Es mi Iglesia quien me entrega el misterio divino de la unidad de Dios en su actividad inmutable de vida trinitaria. (21-3-61)

862. ¿Quieres saber lo que has de hacer para vivir eternamente? La Iglesia Católica, Apostólica y Romana te lo enseñará por ser la depositaria oficial de la Verdad y de la Vida Eterna. (21-1-63)

863. Dios es todo amor, todo donación, es todo vida; y esta vida del Infinito en derramamiento eterno, con la plenitud de su divinidad, se viene sobre nosotros como cataratas y cataratas de felicidad interminable por medio de nuestra Iglesia santa. (15-9-63)

864. ¡Qué venga todo aquel que quiera ser Dios por participación, el que desee ser heredero de la vida divina, el que busque participar y tener la misma dicha que Dios tiene, el que ansie escuchar el Cántico infinito de mi Padre Dios...! ¡Qué venga!, que a mi Iglesia se le derrama toda la vida divina en plenitud, para engalantar, gozar y hacer felices a todos los hombres de la tierra. (15-9-63)

865. Iglesia mía, orgullo de mi alma-Iglesia, ¿será posible que tú seas eternamente mi Madre y yo, tu hija? (28-4-61)